

Mi memoria, no tan mala, de don Jaime

Por Rodrigo Núñez

Raúl Garduño fue mi amigo, los dos éramos hijos de dos norteños avecindados en Chiapas mismos que también eran amigos, por lo mismo desde la infancia el poeta Garduño era mi conocido; quizá sobrevivir en Tuxtla, la ciudad irreal como él la llamaba, nos empujó a desarrollar sólida amistad ratificada en nuestra plena adolescencia y en la juventud. Garduño conocía la obra poética de Jaime Sabines y la de Rosario Castellanos y un buen día le encargué una selección de poemas de don Jaime para publicarlos en un número especial de "La oveja negra" y para ello el pintor Héctor Ventura realizó un notable dibujo del autor de "Los amorosos." Meses después nos pusimos de acuerdo con Garduño para traer a Sabines a recibir un homenaje de la Universidad Autónoma de Chiapas, aquí en su tierra natal. El poeta Sabines aceptó gustoso la invitación y el acto fue todo un éxito que muchos recordamos. Sabines no era en aquel entonces tan conocido, pues él mismo evadía auto promover, o "propagandear" su obra y no frecuentaba los cenáculos donde la DIOSA, blanca, morena o negra se vende al mejor editor y al más ávido público.

La primera conversación con don Jaime, ocurrida en el DF allá por 1970, fue para mi decepcionante: asistí de casualidad a un reventón organizado por Juan Sabines en una suite de hotel y lógicamente ahí estaba el poeta Jaime rodeado de bellas mujeres y el chingo de políticos priistas. Después de la identificación de rigor: "Tú eres hijo del gitano" y "cómo están todos en Tuxtla" siguió un rollo largo y tedioso de don Jaime sobre los "chavos" que culminó cuando le pregunté su opinión sobre el 68 y el 2 de octubre y el contestó: "Estuvo bien que Díaz Ordaz metiera orden en aquel desmadre". Por supuesto que mis veinte años de edad me exigieron pronunciar y dirigirle una sonora mentada de madre, pero él, en buena onda, solicitó un taxi para que me llevara a casa bien bolo y grita y grita.

Cuando con Kyra Núñez fuimos a entrevistar al poeta candidato a diputado le preguntamos el por qué había aceptado la denominación de un partido como el PRI él nos respondió que por experiencia sabía que "sólo desde el poder es posible ayudar a la gente." En otra ocasión aquí en Tuxtla en casa de Guillermo Villanueva, lo fui a saludar con casi toda la banda de entonces y con mi novia. Por supuesto don Jaime decía que los bolos tenían clasificación abecedárica y que él mismo era "bolo A". Yo ya alcanzaba la última letra, pero aquella noche el famoso automóvil deportivo "superbee" le falló gacho (no encendió) al poeta, quien ya se llevaba de premio a mi muy querida novia que había caído fascinada por las palabras del poeta cincuentón, de buen ver y mejor beber. Como no se pudo llevar, digamos que al río, a la prenda que no era casada, me ahorré las mentadas y me largué de allí con todo y novia haciendo eses o zetas.

Cuando un día en casa de su secretario, un abogado que era hijo de "el poste" (ese era el apodo de su progenitor), el poeta no paraba de hablar mal de su hijo Julio (que no estaba presente) hasta que le increpé "Pero usted cree que es

fácil ser hijo del famosísimo poeta Jaime Sabines, así mejor sería ser hijo de la gran puta; don Jaime, por favor más respeto para su hijo.”

En esa misma casa del “hijo del poste” le escuché al poeta Sabines gritarle muy encabronado a la diva Socorrito Cancino: “A mi no me declames pinche Socorro”; y en otra ocasión, pero el mismo lugar y botado en la misma hamaca, decirle a un joven aspirante a poeta que pretendió leerle un poema que sacó de entre sus calcetines: “tú eres el poeta: estás muy gordo y a mi no me enseñes pinches papelitos, yo quiero ver tu libro. Entonces con el humillado aspirante a poeta fuimos a traer un grupo de mariachis al parque central con "la pila" que lo solicitaba don Jaime; después de dos horas de guitarrazos y canciones mal cantadas y muchos tragos bien bebidos, el aspirante y yo nos dimos a la fuga y dejamos a don Jaime con la bronca de cubrir los honorarios.

Al poeta Joaquín Vásquez Aguilar lo intentaron correr de su chamba cultural que Jaime Sabines le había conectado en el gobierno de Juan Sabines. Compungido el poeta Quincho nos pidió acompañarlo para quejarse con don Jaime y éste tomó el teléfono y ordenó tajante: “Me lo reinstalas pero ya, y ahorita va para allá mi poeta a recoger su dignidad (entiéndase va por su cheque).” Jaime Sabines por otro lado apoyó sin reservas la publicación de la obra de Quincho por el Fondo de Cultura Económica, promovida por el poeta que es hijo del "Gran cocodrilo" con el que Sabines echaba bastante trago cuando lo visitaba en el cocodrilo departamento en el Defectuoso distrito federal.

En otra ocasión nos dijo el poeta Sabines, cuando trabajaba de hermano del gobernador don Juan: “Me acaban de enviar de China esta traducción de mi obra, pero no me explico como puede sonar en Chino “A la chingada las lágrimas” pero me siento muy contento. Por esos días su hermano gobernador había pasado a la micro historia de Chiapas por haber pronunciado la más sonora mentada de madre frente a la mapachada querida reunida en la plaza cívica de Tuxtla. Don Jaime me contó que, por bolo, su hermano se olvidó del discurso que para esa ocasión le había escrito él mismo poeta asesorado por su hermano Jorge, discurso que le habían dejado en la bolsa trasera del pantalón pero que nunca leyó.

Pero el poeta mayor (así lo llamaban muchos otros poetas que ya entonces abundaban en Chiapas) fue muy generoso en tratándose de apoyar a los jóvenes creadores. Le pidió a Raúl Garduño que elaborara una lista para que su hermano Juan otorgara becas. Garduño me invitó, por la vía del preciso y nada democrático palomeo, a decidir a quienes les tocaba un poco de lana para aliviar sus necesidades. No fallamos, pues varios hoy prestigiados fotógrafos y escritores gozan de cabal fama y salud económica.

Mi padre, que en su juventud trabajó como lector de poesía, recordaba muy bien la famosísima Tierra Baldía de TS Eliot y conocía de memoria todo el Martín Fierro de un tal Hernández, para aliviar la penuria de los presos en un

penitenciaria del sur de EUA y había sido secretario del poeta autor de "los elefantes, señora, no son comunes, son como las gallinas que ponen huevo en lunes", me refiero obviamente al poeta Renato Leduc, don Pancho, es decir mi padre, si bien era gran amigo de Juan Sabines, con el poeta mantenía cierta afectuosa distancia pues me dijo varias veces que Jaime Sabines le parecía en lo poético solemne, triste, trágico y carente de sentido del humor. Yo reviraba y le decía a don Pancho Núñez que Sabines era el primer poeta de la Mesopotamia nacido en Chiapas, por lo profundo de su sentimiento y universal calidad humana de su poética, de su poesía, pero la neta tiene muy poco que ver con la cosmovisión autóctona, es decir maya-americana y sólo en un poema en prosa se refiere a las montañas que hay en el rancho de un su amigo hacendado chiapaneco.

Recuerdo haber leído un texto de Ibarquengoitia en el que refiere que en la facultad de Filosofía había conocido a un tal "Jaime Salines (sic) que ya entonces se sentía cristo crucificado".

Como muchos otros a don Jaime Sabines debo gran parte de mi educación sentimental, y curiosamente debo varias conquistas femeniles, pues sus poemas tenían y tienen no sé qué de virtud erótica que medio enloquecía a las chavitas adolescentes a las que yo contaba o regalaba obra del gran elefante poeta.

Como los poetas no muy se quieren entre ellos el poeta Armando Duvalier detestaba a Jaime Sabines, y cuando se enteró de que la güerita Ámbar Past había publicado un libro en la editorial del gobierno de Chiapas, me dijo "qué querrá Jaime con esta güerita gringa, por que su libro no es poesía, en el mejor de los casos sería antropología.

Don Jaime comisionó a Ámbar para que cuidara la edición de un libro nada menos que Rodolfo Figueroa. Lo cierto es que Ámbar a penas podía hablar español, pues primero dominó el sotsil, y un día la encontré llorando de encabronada porque los obreros de los recién fundados talleres gráficos del estado no le hacían caso, por pinche machos o por que de pleno no le entendían ni madres. Entonces juntos trabajamos aquella edición e incluimos versos inéditos de Figueroa que me proporcionó mi tía Cecilia Castillo Figueroa que fue la depositaria y guardián de los libros y papeles del gran poeta Figueroa. A don Jaime le gustó nuestra chamba, al gobernador Juan no, porque dejamos fuera un poema dedicado a Cristóbal Colón para incluir unos versos "patrióticos" de don Rodolfo en los que cuestiona con valor la dictadura porfirista.

Y para terminar voy a citar a uno de mis clásicos, el filólogo y periodista Enrique García Cuellar: "Esto ya se acabó ya."